

Fernández, Víctor Manuel

Esa libertad que me hace tener ganas de llorar

Revista del Profesional N° 35, junio 2004

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Esa libertad que me hace tener ganas de llorar* [en línea]. *Revista del Profesional*, 35 (2004) Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/libertad-tener-ganas-llorar.pdf> [Fecha de consulta:.....]

Esa libertad que me hace tener ganas de llorar

Pbro. Víctor Manuel Fernández



La libertad humana es esencialmente débil, pero Dios pone su Gracia a nuestra disposición y sólo en Él somos plenamente libres.

Hablar de la libertad siempre es un problema, porque la libertad misma es problemática. Cantamos "libertad, libertad, libertad", pero seguimos sufriendo muchas formas de dependencia. Además, muchos en nuestro país no tienen la libertad de comprar, viajar y hacer planes que generan tanta felicidad en unos pocos. Por otro lado, en las relaciones humanas la "libertad" suele ser un modo elegante de presentar el propio egoísmo.

Cuando se proponen ciertas leyes, como la de la del aborto o la liberalización de la venta de drogas, el argumento principal es la libertad: Simplemente hay que permitir que las personas decidan, aunque decidan destruirse o destruir la vida de otro. ¿Es esa la gran nobleza de la libertad humana? ¿Es simplemente que me dejen hacer lo que quiera? ¿Esa es mi grandeza? La raíz de esta idea equivocada de libertad en realidad viene de muy lejos.

Una vieja confusión

Los occidentales siempre manoseamos esta noble palabra. De hecho, ya en los primeros siglos del cristianismo, algunos pensadores cristianos consideraban que si Dios tocaba de alguna manera el corazón humano, esa acción violentaba la libertad. Por lo tanto, decían que era innecesario que Dios impulsara o fortaleciera al ser humano con la gracia.

Sólo consideraban necesario que el hombre, *sin Dios*, tomara las decisiones necesarias para salvarse.

Quizás estos autores nunca se enamoraron, porque si los hubiera tocado de verdad eso que llamamos "amor", sabrían que alguien extasiado por el ser amado no se siente menos libre cuando acepta necesitar de otro. Al contrario, siente que toca la cima de la libertad.

Curiosamente, algunos monjes se dejaron contagiar por esta mentalidad. Eran los llamados "semipelagianos".

Ellos no decían que la ayuda de Dios era innecesaria, sino que nosotros tenemos que dar el primer paso, porque si Dios diera el primer paso no respetaría nuestra libertad.

Seguramente estos monjes tampoco habían sido subyugados por la fuerza de un amor que, cuando nos deslumbra y nos atrapa, no nos deja fuerzas para lamentarnos porque no pudimos dar el primer paso, porque el amor nos salió al paso, nos volteó en el camino y no nos pidió permiso para cambiarnos los planes.

Cuando decidimos aceptar ese amor que se nos ofreció, no sentimos que nos obligaban a algo. Era una opción personalísima, espontánea y auténtica.

¿Por qué negarle a Dios el derecho supremo de amarnos primero?

¿Por qué pensar que, mientras más actúe Dios, menos libres nos volvemos?

¿Qué tortuoso pensamiento se ha apoderado de nosotros, que pensamos que Dios es enemigo de la libertad humana?

** Doctor en Teología por la Universidad Católica Argentina. Vicedecano de la Facultad de Teología (UCA) y formador del Seminario de Río Cuarto. Autor de numerosos libros y artículos sobre teología moral y espiritual, y exégesis.*

El origen de mi libertad

El autor mismo de la libertad, el Dios que sostiene con su potencia vital hasta la fibra más íntima de nuestro ser para que no nos disolvamos en la nada, sólo puede derramar vida. Mientras más actúe, más vida tendrá nuestra libertad.

Alguna extraña confusión nos hace sentir que su acción desplaza a la nuestra. Sin embargo, el amor de Dios sólo puede promover, estimular, potenciar. Mientras más actúe, más podemos ser nosotros mismos; mientras más disponibles y receptivos nos volvamos, más somos liberados de las esclavitudes que limitan nuestra libertad.

¿Acaso nunca nos hemos dado cuenta de que la mayor parte del tiempo estamos siendo esclavos de tantos límites interiores?

Por otra parte, la gracia produce su eficacia en la medida en que es acogida y secundada por el hombre, y nunca actúa al margen de la libertad humana.

La Sagrada Escritura se refiere, de hecho, a una gracia que puede ser recibida "en vano" (2 Cor. 6, 1), un "extinguir el Espíritu" (1 Tes. 5, 19); un "resistir al Espíritu" (Hch 7, 51), y se refiere a un acercamiento de Dios al hombre que es rechazado y despreciado (Isaías 5, 1-7; 65, 2; Mt 23, 37).

Por eso sostenemos que los impulsos divinos ordinariamente pueden ser rechazados por el ser humano.

Una vez justificado, tomado por la gracia, el ser humano es invitado a *participar de su propio crecimiento haciendo buen uso de la gracia recibida*. El creyente está *plena y personalmente involucrado* en el camino de la fe.

Esto es así hasta tal punto que la gracia "puede ser recibida en vano" (2 Co 6, 1). Entonces, tienen sentido las exhortaciones, y las invitaciones a "estar atentos" para no entrar en un camino que no es el del Evangelio (Ga 5, 15; 6, 1).

Y también tienen sentido todos los textos en que se invita al hombre a empeñarse, a poner algo de su parte, a esforzarse para crecer en la vida cristiana y ser fiel a la voluntad de Dios.

También cuando estamos en pecado podemos aportar algo de nuestra parte, aunque la salvación venga sólo de Dios.

Suele haber una concepción torcida que hace creer que, cuando se ha pecado gravemente, todo lo bueno que se haga es inservible mientras se permanezca en ese pecado.

Así, es común que los adolescentes formados en ambientes rigoristas y puritanos abandonen toda participación en la Liturgia cuando se masturban, porque piensan que habiendo pecado están fuera del camino de la gracia¹ y todo lo que hagan será inútil mientras no se confiesen con un claro propósito de enmienda. Hasta entonces, creen ellos, no vale la pena evitar pecado alguno, ya que nada modifica la situación.

**Mientras
el amor
de Dios
más actúe
sobre nosotros,
más somos
liberados
de las
esclavitudes
que limitan
nuestra
libertad.**

1. En este caso se olvida la enseñanza ya asumida en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: Particularmente en el orden sexual, y sobre todo en la adolescencia, los condicionamientos frecuentemente hacen que la culpabilidad disminuya o se reduzca al mínimo. En este último caso, el acto objetivamente pecaminoso no priva a la persona de la vida de la gracia debido al peso que pueden ejercer "la inmadurez afectiva, la fuerza de los hábitos contraídos, el estado de angustia", etc. (CCE 2352b).

Pero la realidad es que las obras buenas que se hagan estando en pecado pueden ir creando cada vez mejores disposiciones, de manera que, cuando la persona vuelva a vivir en la gracia santificante, la amistad con Dios le será regalada en una "medida" mayor, en un grado más intenso gracias a esas disposiciones: "según la propia disposición y cooperación de cada uno".

Por supuesto, eso significa que Dios ya tomó la iniciativa de llamarnos, atraernos, invitarnos.

También aquí advertimos cómo la acción de Dios no anula al hombre sino que lo promueve. Bajo el impulso del Espíritu, el libre albedrío no actúa forzado, sino que "*se mueve más excelentemente a sí mismo*." (S. Tomás, II Sent 26. a. un., 6)

Tan cerca y tan discreto

Dios, por la gracia, se hace inmediateísimo al hombre, con una absoluta inmediatez, en una cercanía, un entrañarse en lo íntimo del hombre que sólo Dios puede lograr.

Siendo Dios quien infunde inmediatamente la gracia al hombre, esto implica que no hay medio alguno entre Dios y el ser humano tocado por la gracia.

Sólo Dios es capaz de penetrar tan hondo en el ser humano para santificarlo, hasta hacerse absolutamente inmediato; y sólo Dios puede hacerlo sin anular al hombre, sin violentar su identidad y su libertad.

Es cierto que si un ser humano penetrara tan íntimamente en nosotros violentaría nuestra libertad.

Pero Dios es infinitamente más delicado que un ser humano.

Sólo Él puede entrar allí y simplemente sanar, liberar, potenciar la propia libertad. Por otra parte, ¿por qué nos preocupa tanto defender nuestra libertad como si fuera un bien absoluto?

¿Qué es lo que admiramos?

No se trata de una libertad sana y bella, sino de una libertad débil que puede dejarse dominar por el pecado. Es la misma causa por la cual también yo puedo dañar a los demás, y seguramente los he dañado. Dios podría evitar que nos dañemos unos a otros, y es cierto que Él trata de tocar nuestro corazón para que no hagamos el mal. Pero normalmente respeta nuestra libertad débil y enferma.

Respetó también a Hitler, a Stalin, a su devoto Bush y a tantos otros que usan su libertad enferma a su antojo. ¿Qué valor tiene que Dios respete esta libertad inclinada al mal?

Con excepción de Jesús y María, los seres humanos fuimos creados de tal manera que pudiéramos caer y levantarnos, y construir nuestra historia y la historia entre las sombras y la luz, entre la miseria y la gracia. Esto no tiene la sobrecogedora belleza de la libertad plena e impecable de Jesús y de María. Pero también es bello, aunque de otra manera. Por eso Dios lo ha querido.

Es decir: el pecado no tiene belleza alguna, y hay que decir sin vueltas que en sí mismo es pura oscuridad, vacío, detestable degradación y muerte. El odio, la manipulación de los demás, la injusticia, no tienen hermosura. Y tampoco hay bien alguno en la negación y el olvido de Dios.

Lo que sí es bello, lo que Dios ha querido al permitir que usemos mal nuestra libertad, es que precisamente ese ser humano que puede caer en el horror del pecado, decida abrirse a la acción de la gracia y, desde esa misma libertad que puede elegir el odio, se convierta en un ser que opta por el amor.

Dios amó tanto esa posibilidad preciosa, que al servicio de esa posibilidad ha puesto la santa hermosura de Jesús y de María. Dios amó tanto esa posibilidad que desde siempre se pensó a sí mismo entregándose al hombre en un niño pobre y vulnerable en Belén, y en un joven que se expuso tanto por amor hasta quedar impotente y destrozado en la cruz.

El Padre amó tanto esa posibilidad del ser humano que por eso no escatimó entregarlo todo en el sufrimiento real y lacerante que padeció el Hijo en su humanidad: el justo, el santo, el inocente. Y lo hizo aunque podría haberlo evitado, ya que habría podido crear al hombre ya transformado indefectiblemente por la gracia, como creó a María.

Esa posibilidad, que tanto vale a los ojos de Dios, es en definitiva el proceso histórico por el cual un ser humano creado imperfecto, y además deformado por el pecado, va alcanzando la belleza de Jesús resucitado.

Lo que Dios ama cuando respeta nuestra libertad enferma y nos permite optar por el mal es, entonces, *que esa misma libertad débil, que puede odiar, cometer injusticias y hacer daño, se puede convertir, con el auxilio de la inmensa misericordia de su gracia, en una libertad capaz de amar.*

Dios quiso en algunos seres humanos, tremendamente condicionados por la agresividad o por la lujuria, pudieran brotar, como triunfos luminosos de su gracia, precisamente allí, algunos actos de amor sincero, algunos gestos de confianza y compasión, de gratitud, de donación.

¿Para qué tanto dolor?

Si Dios amó tanto esa posibilidad y entregó tanto por ella, estamos llamados a detenemos en oración para reconocer si estamos abiertos a la acción de su Espíritu para que eso que Dios buscó al crearnos pueda hacerse realidad en nuestras vidas, para que no se frustre en nosotros su proyecto de amor y de hermosura.

La grandeza de esta entrega divina nos convoca a discernir si estamos cooperando para que también los demás puedan alcanzar en el mayor grado posible la semejanza y la unión con el Hijo resucitado.

Ahora sí podemos mirar de otra manera la libertad de los demás que muchas veces nos ha hecho daño, nos ha lastimado, nos ha utilizado, y podemos dejar de reprochar a Dios por permitir la maldad ajena.

Si valoramos este plan de Dios que nos permite hacer un camino libre en esta tierra, no podemos ignorar que eso incluye la posibilidad de hacernos daño unos a otros con nuestra libertad, y que es la causa de muchos de nuestros sufrimientos que proceden de las decisiones de los demás.

**El pecado
no tiene
belleza
alguna:
en sí mismo
es pura
oscuridad,
vacío,
detestable
degradación
y muerte.**

Amar en el último instante

Si el hombre no permite esta transformación a lo largo de su historia, el amor divino es capaz de realizarlo en el último instante, pero siempre desde esa libertad humana, y asumiendo misteriosamente la historia personal del sujeto.

Aquí se destaca la profunda convicción cristiana sobre la causalidad trascendental de Dios, que mientras más actúa más afirma la identidad de la criatura, y es capaz de causar una respuesta completamente libre, *mucho más libre de lo que sería el "no" de su libertad enferma y rebelde.* Dios podría hacer eso en el instante de nuestra muerte, y entonces no seríamos menos libres sino más libres.

¿Acaso el Creador no puede, al menos en el último instante, sanar la dañina enfermedad que destruye a un hijo querido?

Pero hay una variedad de caminos personales que son plenificados en esa generosa acción de Dios. Cada uno será glorificado de una manera única y personalísima, asumiendo todo el bien que Dios puede sacar del entramado de su historia, hecha también de los errores y caídas de la libertad enferma.

Cada persona es salvada según sus peculiaridades personales y asumiendo su camino exclusivo e irrepetible desde una respuesta suya personalísima, que recapitule misteriosamente toda su historia, desde el primero hasta el último instante. Así como Dios actúa de modos variados en la historia de los hombres, también puede obrar de modos variados en la muerte. Por eso, también allí Dios respeta la libertad, aunque enferma, que hayamos ejercido en nuestra historia personal.

Por otra parte, aun cuando Dios actúe de un modo peculiar en el último instante de aquel que lo ha rechazado durante toda la vida, seguramente ha habido modos misteriosos de preparación histórica donde la gracia se ha ido abriendo un camino entre la miseria: algunos actos o deseos buenos, o quizás los mismos sufrimientos interiores de la persona.

Pero hay que recordar que esa posible intervención peculiar en el momento de la muerte no es la manera ordinaria como Dios actúa a lo largo de la historia de un ser humano, donde ofrece impulsos de su gracia que pueden ser rechazados por la libertad del hombre, sea culpablemente, sea bajo el peso de condicionamientos que no permiten que la gracia se explye en todas las dimensiones de la vida de la persona. Los límites que proceden del hombre hacen que, a lo largo de la historia personal de cada sujeto, un impulso divino pueda ser total o parcialmente ineficaz.

Lo dicho podría interpretarse mal, pensando que Dios fuerza internamente la voluntad, haciéndola querer algo de una manera irresistible. Lo que decimos es que la gracia produce un acto, haciendo que el hombre sea también internamente, plenamente libre, sin coacción interna. Esto sólo puede hacerlo Dios, porque él nunca puede limitar a la criatura. Él, que es el Creador, puede producir algo, y producirlo con una modalidad determinada.

Por eso puede mover interna y directamente a la voluntad humana a producir un acto bueno, haciendo al mismo tiempo que ese acto sea no sólo voluntario, sino también completamente libre, sin coacción interna, procediendo de la espontaneidad de la persona.

Su iniciativa es tal que produce libertad, porque es la causa misma de la verdadera libertad.

Dejar de escapar y dejarse sanar

A veces rechazamos la cercanía y la ternura de Dios para mantener nuestra autonomía enfermiza y no queremos que Dios cambie algo de la vida a la que estamos habituados, porque no descubrimos que Dios purifica todo lo que se opone a su amor, pero nunca mutilándonos o destruyéndonos. Lo hace siempre "con nosotros", con inmensa delicadeza, actuando allí donde primero ha logrado despertar nuestro deseo y mostrándole de alguna manera a nuestra conciencia eso que Él quiere purificar y la conveniencia de hacerlo.

El problema es que nosotros conocemos el amor de seducción, que muchas veces domina y utiliza al otro, pero eso no es el amor de Dios que restaura y hace crecer, fuerte aunque delicadamente respetuoso.

Esa imagen falsa y despreciable de lo que es el amor se convierte sutilmente en la excusa que conservamos en lo secreto para mantener nuestra cómoda pero degradante autonomía.

Por eso es importante pedir a Dios el don de conocer interiormente lo que significa realmente depender de Él, la hermosura de estar disponibles a la acción de su amor luminoso, e intentar sacar a la luz en su presencia todo lo que llevamos dentro.

Es cierto que Dios nos ama también en medio de nuestros límites, errores y debilidades.

**Cada persona
es salvada
desde sus
peculiaridades
personales,
asumiendo
su camino
exclusivo e
irrepetible
desde una
respuesta
personalísima.**

Es cierto que estamos tan acostumbrados a nuestra libertad frágil y enferma que nos parece que es la única forma de ser libres. Es cierto que estamos tan condicionados que posiblemente no seamos realmente culpables de muchos de nuestros errores, pero Dios, con su amor, nos regalará mucho más de lo que podamos merecer. Sin embargo, aunque nos parezca que estamos cómodos con nuestra libertad enferma, más de una vez sentimos una angustia en la garganta, porque sentimos que estamos hechos para otra libertad.

Por eso, la persona condicionada, aunque viva en paz con un Dios amante y compasivo, no deja de experimentar un "no deber ser" en su modo de vivir. Siente que el amor de Dios merece infinitamente más, y que además ese amor está *ofreciendo* mucho más. Hablar de los condicionamientos sin hablar del poder de la gracia es condenar al hombre a la pusilanimidad y a una indigna falta de respeto y de amor hacia sí mismo.

Muchas veces, el que ha sido tocado por el amor divino experimenta el dolor de haber desperdiciado impulsos de amor. Reconoce interiormente el dinamismo del Espíritu invitándolo a vivir con un corazón más libre; valora el llamado a una entrega mayor aunque eso implique un secreto martirio. La lectura de la vida de algunos santos como la historia apasionante de San Agustín, San Francisco de Asís, etc. o la propuesta de los grandes místicos resuena muchas veces como un llamado a la cima de la unión con Dios. Vale la pena leer detenidamente el proceso que describe el "*Cántico Espiritual*" de San Juan de la Cruz, para percibir al mismo tiempo el gozo de reconocer lo que Dios ofrece, y el dolor de haber elegido mucho menos que eso, demorados en el camino con muchas distracciones y opciones mediocres. Esto vale tanto para el llamado de Dios a una plena y generosa comunión fraterna como para la invitación a las cumbres místicas.

Percibiendo estos llamados, a veces se siente la pena de reconocerse a sí mismo como un cóndor, convocado a las alturas, pero que se ha mutilado a sí mismo, cortándose las alas, y arrastrándose en medio del polvo.

No podemos evitar sentir esa tensión entre lo que somos y lo que debemos ser. No se trata de llenarse de escrúpulos y de sufrimientos interiores. Se trata de amarse a sí mismo con la ternura y la paciencia de Dios, pero reconociendo también el permanente llamado del amor.

Y no vale la pena pretender ahogar ese llamado exaltando la libertad por encima de las exigencias del amor. Porque la libertad, o existe para el amor, o se destruye a sí misma cada día más.

Por eso, la mejor manera de promover la libertad de los ciudadanos no está en promover leyes que sólo permitan decidir, aunque se trate de elegir el mal. El modo más auténtico de promover la libertad de los ciudadanos es favorecer todo lo que ayude a nuestra débil libertad a elegir el bien, el amor, el compromiso, la belleza. ♦

ESTUDIO RODRÍGUEZ APARICIO

**CONTADORES
CONSULTORES
MERCOSUR**

Avda Córdoba 1345 piso 15 "A"
Capital Federal (C1055AAD)
Tel/Fax: 011-4811-4694 rotativas
E-mail: info@estjhra.com